

ÁNJEL MARÍA FERNÁNDEZ
Había del verbo a ver
Diario del instituto

A la memoria de Samuel Paty.

*A Carmen y Miguel Ángel, mis profesores de
Literatura en el instituto, allá donde estén.*

PRÓLOGO

TRAS POCO MÁS DE un mes en el nuevo instituto, tenía muchas ganas de abandonar el trabajo. Estuve a punto de escribir, a la desesperada, a mi editor para pedirle que me tuviera en cuenta si se le ocurría crear un puesto de trabajo en su editorial, por precario que fuera. Pensé en volver a impartir clases particulares. Por un instante, ese fue el límite, me vi capaz de recular hasta un trabajo en hostelería. Sopesé regresar a la precariedad económica con tal de evitar la precariedad emocional. No soportaba a uno de mis grupos de alumnos, el que reunía en el denominado PROA a los muchachos con mayores problemas (de todo tipo) en 1.º y 2.º de ESO.

Llevaba unas semanas sin saber cómo enfrentarme al aula, a lo que veía, a lo que oía, a lo que olía, a mi endeblez ante ciertas situaciones que ya no soportaba. No daba con soluciones que me permitieran, simplemente, sobrellevar cada una de las sesiones con ellos: diez horas a la semana, en el peor de los casos, con buena parte de los chavales, a los que impartía la materia denominada Ámbito Sociolingüístico, es decir, Lengua Española más Geografía e Historia (siete horas) y el Taller de Creación, una optativa de tres horas semanales más.

Encadenaba unos cuantos días durmiendo sin dormir, nervioso, con todo el pensamiento enrocado en la misma tríada: el trabajo, los alumnos, el instituto. El trabajo, los alumnos, el instituto...

Para tratar de exorcizar demonios, para mostrar al respetable lo que vivimos en las clases, para dejar testimonio, en fin, de nuestros días en el instituto y también para encontrar razones que me

permitieran continuar con mi empleo y mi sueldo, comencé a escribir este diario.

Casi al instante advertí que cuanto más desgraciado fuera en mi trabajo, mejor sería el libro.

«Hay influencias biológicas subterráneas que nos afectan todo el tiempo, y normalmente no tenemos ni idea de su existencia».

ROBERT SAPOLSKY

2019

OCTUBRE

Echo la vista atrás para hacer recuento del fin de semana. Estaba muy tenso. Toda la musculatura se agarraba al esqueleto como alguien que te quiere mucho y a quien tú no deseas abrazar. Durante el sábado no podía dejar de pensar en lo que odio a mis alumnos o no podía dejar de pensar en lo que mis alumnos me odian a mí. A cada rato me descubría manteniendo discusiones imaginarias con ellos. El domingo algo cambió. A cada rato tenía discusiones imaginarias sin más, y como era consciente de que las discusiones eran imaginarias, podía concluir alguna de ellas agarrando por el cuello a un alumno, levantándolo en el aire, empujándolo contra la pared o contra una ventana, arreándole una buena hostia. Pero no sentía alivio. Respiraba lento y hondo, concentrado en la entrada y la salida del aire en el cuerpo: fosas nasales, pulmón; pulmón, fosas nasales. Intentaba algún estiramiento. Nada rebajaba la tensión. El domingo, antes de acostarme, encontré un lema para afrontar la semana: «Humor, humor, cojones». He despertado, no obstante, con la misma tensión muscular, idéntico dolor en el costado derecho. Creo que se me ha inflamado el nervio ciático.

Llamo «cojones» en mi lema de trabajo a la mera valentía a la hora de enfrentarme al alumno, de encararlo, de expulsarlo de clase cuando la ocasión lo exija: todo eso que produce malestar en mi carácter conciliador. Yo lo achaco a una flaqueza de personalidad. Encuentro un defecto muy señalado en esta cobardía.

Ya en el instituto, a primera hora, al poco de empezar, echo la bronca a Zeta (no deja de hablar, de reír, de enredar con los compañeros). Zeta, merchera de rasgos payos, con un rostro un

pelín rechonchete que recuerda algo al de la actriz Greta Fernández, se encara conmigo, me achaca que siempre me enfado con ella y nunca culpo al compañero a quien ella, a su vez, achaca sus males. Le pregunto si se siente el centro del universo. Mal hecho. Me contesta de forma chulesca, bastonazo de coja a coja. Le ordeno que salga del aula y se niega. Pido a otro alumno que vaya a buscar a la directora. La directora no está en su despacho. De fondo, en la pantalla, miramos un episodio de *Dragon Ball*. Analizamos dibujos animados en la asignatura del Taller de Creación, una optativa en la que se reúnen una docena de alumnos de I.º A, I.º B y I.º PROA.

Al final de esta sesión inicial del lunes, la directora viene a nuestro encuentro. Tenemos una charla con Zeta, a la que, es evidente, le importa un bledo nuestra postura. Dice a todo sí como podría decir no. Somos adultos; enemigos, por tanto. Somos la carne y el hueso del edificio que más odian: el instituto.

Durante las dos horas siguientes continúo trabajando con el grupo ordinario al que pertenece Zeta, el PROA. Lejos de parecer molesta por el altercado, se muestra indiferente. También yo participo del sentimiento, quizá tan teatral como ella, quizá más, y me muestro indiferente. Deja de importarme que no atienda o no realice las tareas encomendadas. Explico qué es el adjetivo con un vídeo de YouTube. Los alumnos escriben en sus cuadernos tras las explicaciones.

Tercera clase de la mañana, 10:20 h. Historia. Después de una primera sesión con ellos se me hace imposible mantener la atención del grupo en la hora siguiente: estoy desbordado por el jaleo. Intento un debate sobre las asignaturas que conforman el plan de estudios, cuáles son las que más y las que menos disfrutan. La charla surge porque, durante la hora de Lengua, uno de los pocos alumnos que suelen aplicarse pregunta en voz alta: «¿Quién inventó el

colegio?»). Pero el debate sobre asignaturas tampoco atrae su atención. Una de las alumnas del trío que denomino Par-Lan-China, Par, me dice que prefiere copiar apuntes a debatir. Tomo nota.

Está siendo una mañana en la que mi tensión física y psicológica, valga la redundancia, aumenta. Estoy mal. No he sabido aplicar el «humor, humor...» de mi lema y tampoco han servido de nada los «... cojones». Me siento descolocado, fuera de lugar, del revés, mal escrito, peor que un «avia» del verbo «haber».

Martes 22

De madrugada, en una de las ocasiones en que me he despertado, he cambiado, de manera radical, mi enfoque. Qué ha ocurrido en sueños no lo sé bien, pero en mi aparataje inconsciente algo ha variado de forma tajante. Del «humor, humor, cojones» al «humor, amor, cariño». *Spin doctor* de mí mismo. «Hagan lo que hagan —me digo—, tienes que quererlos».

En clase, evito enfrentarme a quienes hablan sin parar o no atienden. Los obvio. Me centro en aquellos pocos que están dispuestos a seguir las explicaciones, dispuestos a realizar los ejercicios sobre adjetivos y sustantivos que les entrego en una fotocopia. No doy un grito ni echo una sola bronca. Apenas me dirijo al grupo en alguna ocasión para subrayar que me estoy quedando sin voz. El alboroto del aula es tal, tal es el cruce de conversaciones, que mi volumen no alcanza a ser suficiente.

En la siguiente hora les pido que copien un resumen del tema 2 de Historia: «Los reinos cristianos». La mayor parte del grupo, incluso alguno de los disruptivos, se aplica a la tarea. En esta hora me echa una mano Socorro, otra docente, una compañera PT, las siglas con las que denominamos a los pedagogos técnicos en los centros.

Mientras yo explico y proyecto la información sobre la pantalla, Socorro transita de pupitre en pupitre promoviendo el trabajo de cada uno de nuestros doce alumnos, corrigiendo desde su postura corporal hasta su caligrafía, supervisando los materiales. Con otra persona en el aula todo es mucho más sencillo. Compruebo que les gusta copiar, dibujar mapas. Son muy infantiles. Tienen muchas carencias afectivas. Las palabras «bien», «perfecto», «estupendo», aplicadas a sus dibujos, a sus esquemas, a cualquiera de sus labores, los colman. Exactamente igual que colman a cualquier adulto formado o por formar. Me acuerdo de Ferlosio y, en casa, busco la cita: «De las cosas que están bien no hay por qué decir nada. Solo los niños de colegio necesitan de la alabanza para seguir trabajando».

Miércoles 23

Algunos alumnos, entre ellos el trío Par-Lan-China, salen de excursión. Buena parte del resto del grupo se toma la jornada libre y no aparece por el centro. Mis tres alumnos predilectos (Pre, Dil y Éctor) son la única clientela hoy. Me quedo sin página.

Durante la última hora de la mañana tengo guardia. Como no hay ausencia de compañero que cubrir, permanezco en la sala de profesores, el cuartel general, adonde llegan, muy nerviosas, la directora y la psicóloga del instituto: «Tenemos un caso muy grave de acoso en el centro, en 1.º». Una niña le ha contado a su pediatra que se quiere suicidar.

Jueves 24

Inicio la mañana preguntando a la directora. Me comenta que tienen más o menos detectado al supuesto grupo de acosadores, todos varones. No es obligatorio que siempre ocurra así, pues, según

cuenta, las chicas también acosan. Y añade que es la primera vez que le ocurre algo tan serio en el tiempo que lleva en el cargo.

Hoy tengo examen con el grupo de 3.º: categorías gramaticales, sintagmas, división sujeto-predicado, palabras derivadas y compuestas, argumentación frente a exposición, juglaría y clerecía. Hago una broma al entrar en el aula: «Vengo a exhumar vuestros conocimientos». Pero no cuaja. La mañana anterior, uno de los chicos, Vibrán, el más nervioso, me preguntó entre risas por qué no se podía televisar la exhumación del cadáver de Franco. Le pregunté si sabía quién era Franco. Y lo sabía muy bien.

En el café, durante el primer recreo, charlábamos entre compañeros sobre el montón de siglas con el que nos manejamos en el trabajo. De hecho, uno de los tertulianos es PT. Me doy cuenta de que tras más de un mes impartiendo clase a los alumnos de PROA todavía no sé qué significa PROA: Programa de Refuerzo, Orientación y Apoyo.

Viernes 25

Durante la primera hora de la mañana de los viernes me toca guardia: sala de profesores, cuartel general. El instituto se ha puesto en marcha para resolver cuanto antes el caso de acoso en 1.º. Pero, en ocasiones, cuando un centro trata de solucionar problemas de este tipo, pueden aflorar, inesperadamente, otros, de cualquier tipo. La noticia de hoy es que, espiando el chat de wasap que comparten los alumnos del grupo afectado, han descubierto que uno de ellos se dedica a compartir vídeos porno con los compañeros.

Con mi PROA hemos comenzado a ver, tras la clase de Historia, la película *Mustang*. Trata del encierro al que se ven sometidas cinco niñas turcas y huérfanas en la casa en la que viven con su tío

NOVIEMBRE

Lunes 4

Una de las alumnas del trío Par-Lan-China viene a contarme que un compañero de clase ha traído hachís. Le pregunto qué quiere que hagamos con esa información que me acaba de trasladar, si prefiere que hablemos con el jefe de estudios o con el teniente de la Guardia Civil. Entonces se acobarda. Le pregunto por qué me traslada esa información. «No sé... Para que lo sepas».

Martes 5

Talento, el alumno que, supuestamente, trae el hachís al instituto, suele dar bastantes problemas en el aula. Casi siempre está hablando con Zailo. Se levanta a cada rato para arrojar papeles. Se malencara conmigo cuando le impido moverse. Su manera de llamar la atención es hacer ver al grupo que es capaz de enfrentarse conmigo, que me vacila. Siempre lo intenta. Talento es delgado, muy delgado, y su cabeza es pequeña, muy pequeña. Talento podría llamarse Alfiler. Tiene los ojos oscuros y minúsculos. A veces recuerda a un Mr. Bean escuálido y agitanado. Talento es Jiménez por ambos lados. Mi táctica con él, pensé en casa, consistirá en hacerle ver que conozco sus trapicheos. Le voy a proponer no delatarlo a la dirección del centro y, a cambio, él dejará de molestar en clase. E igual que yo callaré sobre sus trapicheos, él callará sobre nuestro trato. Durante la mañana no tengo clase con el grupo de PROA, al que pertenece nuestro joven camello, hasta la tercera hora. La primera información que recibo de los alumnos, nada más llegar al aula, es que Talento será expulsado del instituto. Cada uno intenta darme una versión distinta del caso, todas espurias, lógica-

mente. Así que le pregunto a él y me ofrece una versión que suena también bastante espuria.

Mientras el grupo dibuja una catedral gótica siguiendo los pasos de un tutorial de YouTube, saco a Talento del aula para charlar. Dentro, queda con ellos Socorro, la PT que nos ayuda en algunas horas sueltas. Sin mostrarse arisco ni enfadado, esta vez me dice que ya le han echado la bronca la directora, la psicóloga del centro y el jefe de estudios. «No quiero echarte broncas —le digo—, quiero advertirte del serio peligro que corres de acabar en un reformatorio. No te estás jugando dejar el instituto, lo que te estás jugando es dejar tu casa. Piénsalo bien. Ahora la policía sabe ya lo que has hecho. Ten mucho cuidado. No solo en el centro, en la calle también». Parece que lo entiende. Volvemos al aula. Lo primero que escucho, nada más entrar, es la voz de Zoilo diciéndole a una compañera: «Chúpamela». Ella le contesta: «¡Cerdo!». Les pido que salgan. Los miro en silencio durante unos segundos.

—¿Qué? ¿Hay que explicar cada día, cada mañana, cómo se habla en clase?

—Vamos, profe, que es broma —dice Zoilo.

—¿Broma? ¿Os imagináis que yo le dijera a Socorro, en broma: «Chúpamela», y que ella me contestara: «¡Cerdo!» delante de todos vosotros. ¿Os lo imagináis?

Los dos bajan un poco la cabeza y sonríen mitad divertidos, mitad avergonzados.

Miércoles 6

Examen de Historia con el grupo de PROA: «Los reinos cristianos». Hoy permito que lo hagan con apuntes. El viernes hacemos la misma prueba, pero sin apuntes. Pongo música clásica. «Quita eso, profe». De los doce alumnos, faltan cuatro: Talento, el expulsado; Madalena, nuestra absentista habitual y otros dos muchachos. Es muy difícil, casi imposible, hacer exámenes al grupo completo. Da

2020

ENERO

Miércoles 8

Poco que destacar en el primer día tras las vacaciones. No había abierto un libro en toda la Navidad, así que tuve que improvisar las tareas de hoy. Han regresado Zailo y Zoilo, algo más formales, según me ha parecido. Conversan sobre si tal o cual fulano fuma o se mete rayas hasta que les digo que eviten ese tipo de conversaciones en clase y en mi presencia o tendré que ir a dirección a dar noticia. «Era broma, profe».

Hoy me tocó guardia de recreo, sección retretes. Como hace mucho frío, tenemos a los muchachos entrando continuamente a los lavados desde el patio. Mi tarea consiste en ordenar el tránsito, evitar tumultos, sacar a los que tratan de esconderse... La mar de filológico.

Una de mis alumnas del trío Par-Lan-China me llama «Ángel Mari» cada vez que pasa por delante de mí: «Hola, Ángel Mari», «¿Qué tal, Ángel Mari?», «Adiós, Ángel Mari...». Ha debido de descubrir mi nombre completo y lo repite para que me haga cargo, como si ella fuese ahora la dueña de un secreto que yo he tratado de ocultar y ella ha desvelado.

En el ejercicio de escritura improvisado que propuse al PROA, les pedí que relataran su Navidad e incluyeran en el relato un par de mentiras: una muy evidente y otra difícil de descubrir. Una de las alumnas ha narrado que estuvo tatuándose con su padre y con su madre. «Esa es la mentira», ha descubierto una de sus amigas,